

EL TOREO A PIE

LA CORRIDA MODERNA – SIGLOS XVIII, XIX Y XX

TOREO CABALLERESCO Y TOREO A PIE

Gonzalo Santonja (*Luces sobre una época oscura. (El toreo a pie del siglo XVII)*, 2010) acepta la teoría de Blanco White de que Sevilla ha llevado la Fiesta a la perfección, pero niega que fuera la cuna y origen del toreo. Esos orígenes se entrecruzan en Valladolid, Córdoba, Bilbao, Pamplona, Cádiz, Salamanca, León y otras provincias de perfilan la pluralidad de un mapa nacional. De ahí el nombre genérico: *Fiesta Nacional*. Según Santonja, el toreo de a pie no es una secuencia posterior a la corrida caballerisca. El pueblo, cierto, toma el relevo de la nobleza cuando ésta, con la llegada de los borbones antitaurinos, abandona la corrida. Pero la Fiesta era clamorosamente popular en el XVII y "los orígenes del toreo a pie se pierden en la noche de los tiempos". Lo que hace el XVIII es democratizar la Fiesta. Los toreadores profesionales, a los que Alfonso X el Sabio anatematizaba de "enfamados", se organizan pronto "por precio". Ciertamente eran ayudadores de los caballeros, pero en las suertes de a pie los superaban; lo cual explica que acabaran siendo los "amos" y que diesen a la corrida la estructura aproximada que tiene hoy.

Santonja considera que ha quedado "atestiguado, tanto en imágenes como en textos, que en el siglo XII se toreaba y se criaba, de forma específica, al toro". El toreo es una fiesta de arte y valor, con fuerte impregnación religiosa, relacionada inicialmente con las bodas, y que fue popular y, por eso mismo, la lidia se inició a pie, no a caballo.

«Pero sin entrar en pormenorizar, si el toreo a caballo se practicaba por honor, competición, o como algunos historiadores han dicho, que la presencia del caballero en la plaza, era como defensa de los que en la plaza se encontraban participando a pie del festejo de toros, la realidad es que el caballero era ayudado o auxiliado por gentes a pie, y esto dio motivo a que en el siglo XVIII, momento importante del rejoneo, los que participaban a pie adquirieran gran importancia, con lo que a partir de aquí, el toreo a pie va imponiéndose hasta llegar a lo que hoy es. El caballero echaba el pie a tierra empuñando la espada, tras haber doblado sobre su brazo la capa que llevaba en la monta del caballo, se disponía a clavar la espada en el cuerpo del toro, no valorando el público asistente la colocación de la misma, sino su eficacia.

En el siglo XVIII cuando el pueblo invade con verdadera pasión las fiestas de los toros, al entrar el pueblo a tomar parte en las celebraciones taurinas, la nobleza desciende de su pedestal y se apresta a la participación popular. La celebración de toros pasa de ser una prueba de habilidad y valor, a un bullicio popular de participación multitudinaria.

En los orígenes de las fiestas de toros, juegan un papel importante las Reales Maestranzas de Caballería. La finalidad de éstas, era el mantenimiento continuo como preparación para posibles campañas. Los ejercicios a caballo eran preferentes, y vencido el siglo XVII se incorpora el toreo a caballo en esa preparación permanente, porque se entendía que con esta práctica, no solamente se adiestraba el caballero con la monta del caballo, sino que se acostumbraba a estar frente al peligro.

La Maestranza de Sevilla es la que mayor influencia ha ejercido en el desarrollo de las corridas de toros. La gracia y predisposición para crear arte toreando, tuvo como fruto que los ayudantes a pie, interesaran más por sus actuaciones, que los que iban a caballo.

Para José María de Cossío, el toreo a pie es de origen pirenaico, mientras que el que se practica a caballo, es de origen andaluz. Para este autor, la lidia actual tiene su nacimiento en el siglo XVII. Fundamenta este hecho en que la relación más directa del hombre con el toro se efectúa con el cuidado de ésta, y la influencia del clima y de los pastos, como ya se explica en otra parte de este trabajo. Hay que tener en cuenta que las características geográficas de España, han determinado unas diferencias de carácter en sus habitantes, que no solamente se ha traducido en la diferencia de costumbres, sino también en el campo de la política. Estas diferencias de carácter de costumbres y de comportamiento, es lógico que tengan su influencia en la forma de tratar y dominar al toro bravo que ha de acusar, por tanto, y verse influenciado por la diferencia de tierras y carácter de los hombres que las habitan.

No es ninguna suposición gratuita el pensar, que el toreo a pie, nació en el Pirineo, y el que se realizaba a caballo en Andalucía. El toreo a caballo inicia su decadencia por el Norte, al tiempo que el toreo a pie, invade progresivamente toda la península hasta llegar a Andalucía, que si al principio no lo recibió muy convencida, dándose cuenta de que se imponía sin remisión, lo aceptó y lo mimó con tal acierto que lo fue convirtiendo en arte.

A finales del siglo XVIII, el público comienza a manifestar sus exigencias, que se clarifican todavía más, a principios del XIX, y comienzan a celebrarse las corridas de seis toros, todos pertenecientes a la misma ganadería.

En la primera mitad del siglo XVIII, hay una gran disparidad de criterios sobre la lidia de los toros, pero de lo que no hay duda es, que es en ese período cuando queda el público perfectamente definido, en cuanto a su deseo de contemplar la lidia a pie practicada con gusto y arte, y es a finales de este siglo cuando se organiza y ordena la lidia, interviniendo picadores, banderilleros y matadores.

Poco a poco se va masando la evolución definitiva de la fiesta de los toros, si bien no sucedió del mismo modo en todas las regiones españolas.

Ya se ha comentado la importancia que tenían los auxiliares a pie para los rejoneadores, ayudándoles en todo lo que necesitaban. Pero hay un relato dedicado a estos auxiliares a pie, el cual, refiriéndose a ellos, dice que cuando el toro no embestía o se apartaba del caballero, los que iban a pie los excitaban con gritos y silbidos, hasta que el toro se colocaba en el lugar conveniente y más propicio para el que iba a caballo. Algún autor ha comentado sobre esto, que bien pudiera ser este comportamiento, lo que en la actualidad se llama, poner en suerte.

Sigue evolucionando la fiesta de los toros y el adiestramiento. Joaquín Rodríguez Costillares, aportó unas reformas, las cuales siguen vigentes en la actualidad. A él se debe la invención del volapié en el momento de matar al toro, y sobre todo, que esta suerte requiere una colocación especial para practicarla con la pureza y belleza que necesita. Para esta colocación, no había más remedio que utilizar la muleta, pero no para engañar o burlar al toro y salirse de él, sino como instrumento de mando y sometimiento del toro. Aquí comienza la muleta a ser un instrumento clave en la lidia de los toros. Este mérito de torear con la muleta para dominar al toro y matarlo practicando la suerte de volapié, es de Costillares. Todas las suertes del toreo son interpretadas de manera personal por los distintos toreros de forma distinta.» [Herrero Marcos, Emilio / Herrero Sánchez, David: "[Evolución Histórica del Toro Bravo](#)".]

EL TOREO A PIE

La Fiesta de toros comenzó siendo un entretenimiento de aristócratas, un deporte caballeresco al que asiste el pueblo. Estos espectáculos se celebraban en plazas públicas, cerradas con vallas y empalizadas para este fin.

A principios del siglo XVII y ante la popularidad de estas fiestas, se comenzaron a construir plazas públicas. La Plaza Mayor de Madrid fue escenario de varios espectáculos taurinos.

El entusiasmo de la nobleza por las corridas se mantuvo durante el reinado de Carlos II, último rey de la Casa de Austria. Las cosas cambiaron con la llegada de la dinastía Borbón a España. Felipe V, primer rey de esta dinastía, llegó a España en el año 1700, y para festejar su llegada, los nobles de la corte le ofrecieron una corrida de toros con rejoneadores y toreros a caballo como protagonistas. Tal festejo al rey francés le pareció una costumbre bárbara y cruel. Convenció a toda la nobleza de que la tauromaquia no podía ser una diversión aristócrata. Y así, en 1723, promulgó una ley con la que prohibía el toreo a caballo por parte de cualquier cortesano. Esto más allá de causar la extinción de la tauromaquia, provocó su crecimiento entre la plebe, donde se popularizó el toreo a pie.

Felipe V es un príncipe educado en la corte de su abuelo, Luis XIV. Las fiestas palaciegas, el lenguaje, la música, el arte, todo presenta un toque

extremadamente culto en la corte de Luis XIV. En España, Felipe V se esfuerza por crear en su corte el mismo espectáculo. Pero España era entonces un país desangrado por la guerra de sucesión. El campo estaba aniquilado, agotado. Al lado del lujo más barroco, reina la miseria más desenfrenada. Felipe V intenta crear en Madrid un ambiente parecido a la corte francesa: rodea a la capital de lugares amables y delicados. Sus cortesanos franceses intentan implantar el gusto francés y abominan de las fiestas de toros españolas, tan gratas a los reyes de la casa de Austria. La aristocracia se aparta del bizarro ejercicio del toreo a la jineta. La aristocracia española culta se afrancesa, pero en el bajo pueblo y en la clase media aletea la rebeldía del individualismo español.

La nobleza española y toda la sociedad culta comienza a desdeñar las fiestas de toros. Nicolás Fernández de Moratín, en su *Carta histórica sobre el origen y progreso de las fiestas de toros en España* (1777), escribe «así prosiguieron las fiestas durante todo el reinado de Carlos II, las cuales cesaron a la venida del señor Felipe V y las más solemne que hubo, fue el día 30 de julio del año 1725, a la que asistieron los reyes en la Plaza Mayor de Madrid, y aunque en Andalucía vieron algunas, siempre fue por ceremonia y con poco gusto, por no ser inclinados a estas corridas y esto produjo una nueva habilidad y forma una cierta y nueva época en la historia de los Toros.» Así el último festejo de toros al que asistió Felipe V tuvo lugar en 1725. Después se acabó la raza de los caballistas. «Como el señor Felipe V no gustó de estas funciones, lo fue olvidando la nobleza; pero no faltando la afición de los españoles se dio la plebe a ejercitar su valor matando los toros a pie, cuerpo a cuerpo, con la espada, lo cual no es menor atrevimiento y sin disputa es la hazaña de este siglo».

EL TOREO A PIE EN EL SIGLO XVIII

«La llegada al trono de Felipe V, que traía una educación y unas costumbres muy distintas de las de los Habsburgo, supuso un brusco enfriamiento de la pasión taurina animadora y sustentadora de la afición entre los nobles, debido a que el primer Borbón manifestó en repetidas ocasiones su desdén hacia las *fiestas de toros*. Pero el paulatino protagonismo que, frente a las reses bravas, habían ido adquiriendo los peones desde el siglo anterior, aliado con el gusto que habían tomado algunos caballeros a ejecutar la suerte suprema a pie y armados con un estoque, propició que el toreo, lejos de declinar en la concepción colectiva de la fiesta popular y callejera, fuese adquiriendo una supremacía que movió al pueblo a anteponerlo a cualquier otro género de diversión o espectáculo.

En efecto, el acercamiento al toro y el consiguiente riesgo que imponía el uso del *rejón* (frente a la distancia protectora que la *lanza* permitía guardar al caballero) fue provocando cada vez más derribos y caídas, percances cuyo número, además, se acrecentó por culpa de ese afán de arriesgar que, por competir con los demás, exhibían en sus alardes los caballeros rejoneadores. Todo ello dio lugar, por una parte, a la constante actuación de los *mozos de a pie*, que pronto comenzaron a rivalizar entre sí para ver quién de ellos

imprimía mayor mando, gracia o presteza al vuelo de sus capas salvadoras; y por otro lado, a la utilización de su espada por parte de aquellos caballeros que, viéndose derribados de su montura y en un trance tan desairado como peligroso, tenían que recurrir al auxilio de su acero para defenderse de la rabiosa acometida del morlaco enfurecido y castigado en su piel y en su bravura.

Los primeros toreros de *a pie*, por vivir de lo que cobraban por estoquear reses bravas, pueden considerarse como *profesionales del toreo*. Agotado ya el fervor que la afición dispensaba a los últimos caballeros rejoneadores, surgió un puñado de valientes que decidieron cargar, toreando *a pie* y sin la compañía de jinetes, con todo el peso de la *corrida*, que por aquel entonces se reducía casi exclusivamente a dar muerte a los toros. Según Moratín, fue Francisco Romero, abuelo del colosal matador rondeño Pedro Romero, quien formalizó la suerte de entrar a matar con estoque y muleta, practicando los rudimentos de lo que más tarde se llamó *matar recibiendo*.

"Por este tiempo [1726] empezó a sobresalir a pie Francisco Romero, el de Ronda, que fue de los primeros que perfeccionaron este arte usando de la muletilla, esperando al toro cara a cara y a pie firme, y matándolo cuerpo a cuerpo; y era una cierta ceremonia que el que esto hacía llevaba calzón y colete de ante, correón ceñido y mangas atacadas de terciopelo negro para resistir las cornadas [...]. Así empezó el estoquear, y en cuantos libros se hallan escritos en prosa y verso sobre el asunto no se halla noticia de ningún estoqueador, habiendo tanta de los caballeros, de los capeadores, de los chulos, de los parches y de la lanzada a pie, y aun de los criollos, que enmaromaron la primera vez al toro en la plaza de Madrid, en tiempo de Felipe IV".

Juan Romero, hijo de Francisco y padre de Pedro, fue uno de los primeros diestros favoritos de la afición madrileña. Formado a la sombra de su progenitor, tuvo el acierto de organizar por vez primera un grupo de toreros que, subordinados a su magisterio, le auxiliaban en los diversos momentos de la lidia, al tiempo que ofrecían al público una mayor variedad de suertes y una selecta especialización en sus particulares ejecuciones. Quedaban así constituidas formalmente las primeras cuadrillas, cuya relevante importancia aceleró aún más la total profesionalización de los matadores de toros.

A pesar de que la profesionalidad de diestros como Juan Romero iba dotando a los espectáculos taurinos de un rigor y una organización tendentes a consolidarlos dentro de una parcela artística sujeta a reglas, leyes, y estudios y mejoras de sus técnicas, no conviene ignorar que, simultáneamente, se seguían verificando festejos caóticos muy cercanos a lo que hoy llamaríamos *toreo cómico* o *charlotada*.

Contra este género de espectáculos debió de reaccionar el que puede ser considerado como el primer torero moderno, Joaquín Rodríguez, "Costillares". Dispuesto a acabar con la costumbre establecida de que cada matador impusiera, al vaivén veleidoso de sus arbitrios, unas normas de lidia distintas en cada ocasión, empezó a fijar algunos criterios cuya

posterior consolidación iría sentando las bases de las actuales *corridos de toros*. Y aunque no se puede hablar todavía de una estricta formulación de los principios básicos del toreo moderno, si es justo reconocer que "Costillares" introdujo algunas innovaciones cuya vigencia y validez son bien patentes en cualquier corrida actual. Fue el primero en elegir una indumentaria específica para la práctica del toreo, compuesta por una chaquetilla, un calzón corto y una faja que, desde su adopción, fueron perfilando las líneas del actual traje de luces. Y buen conocedor de la importancia que tenían los lances de capa a la hora de descubrir el comportamiento de las reses, fue "Costillares" el creador de algunos pases tan bellos como la *verónica*.

Su contemporáneo Pedro Romero es considerado por no pocos aficionados como el torero más grande de todos los tiempos. Romero, hijo de Juan y nieto de Francisco, mató a lo largo de su carrera más de cinco mil quinientos toros, y no sufrió jamás ningún percance de consideración causado por sus astas. Heredero de la bella sobriedad propia de su Ronda la Vieja, el clasicismo de su estilo, la variada elegancia de su repertorio y la pureza y seriedad que exigía dentro de los cosos fueron trazando el perfil de lo que se conocería después como la *Escuela Rondeña*, opuesta desde sus orígenes a la movilidad colorida, más innovadora y barroca, de la *Escuela Sevillana*.

De Sevilla procedía el único mortal capaz de ponerse a la altura de Romero: José Delgado Guerra, "Pepe-Hillo". Querido y admirado por los aficionados de todas las clases sociales, "Pepe-Hillo" fue el primer coletudo que arrastró el fervor del público allende los muros de las plazas de toros, para convertirse en un fenómeno de notoriedad social difícil de concebir a finales del siglo XVIII. A pesar de que dictó una *Tauromaquia* en la que, de acuerdo con las ideas ilustradas del momento, propugnaba una concepción del toreo muy similar a la de la geometría, su ejecución de las variadísimas suertes que dominaba no adolecía del riguroso esquematismo formulado en su tratado; antes bien, "Pepe-Hillo" buscó la novedad y la improvisación, siempre adobadas por su gracia sevillana, delante de la cara de los toros, sin rehuir jamás los alardes más exagerados y temerarios. Su muerte en la plaza de Madrid, el 11 de mayo de 1801, supuso una conmoción nacional que generó un sinfín de plantos, endechas y composiciones fúnebres de todos los géneros y estilos, lo que nimbó con una aureola mítica los episodios más recordados de su biografía.» [J. R. Fernández de Cano, en *Enciclopedia Universal* DVD © Micronet S.A. 1995-2007]

PRIMERA ETAPA ANÁRQUICA DEL TOREO A PIE

«La aparición de los más primitivos diestros de a pie, profesionales de que tenemos noticia y después sobre los toreros que desde el siglo XVII concurren a la plaza madrileña, procedentes todos del Norte, y ello para corridas propiamente de a pie, que eran menos conocidas y estimadas en Andalucía (...) Podemos afirmar que la cuna del toreo de a pie fue Navarra, el Pirineo, el Norte, pero su transformación en arte se debe a Andalucía. (...) El carácter andaluz pone el sello a su estilo, pero no a su invención. La

intervención ordenada de diestros, jinetes y peones, cada uno con su misión, forman la estructura de la lidia en aquellos días, sin que hasta los nuestros haya sido modificada en lo esencial.» [José María Cossío]

Los toreros, en un primer momento eran tan solo ayudantes de los de a caballo. La Fiesta de toros empieza a apasionar al pueblo, a hacerse espectáculo y profesión, a comercializarse. Se comienzan a construir las plazas de toros como recintos cerrados: la primera en Sevilla (hecha de madera y desmontable). Hacia 1743 se construye otra en Madrid, inaugurada en 1754. Luego construye la suya la Real Maestranza de Ronda. Ya entrado el siglo XIX, casi todas las ciudades disponen de plazas reglamentarias.

Durante mucho tiempo el toreo tiene más de cacería y de lucha que de espectáculo artístico. Pero con el advenimiento de los Borbones, a comienzos del siglo XVIII, y su rechazo a las fiestas de toros, la aristocracia adopta el refinamiento francés y la fiesta de toros deja de ser un juego de nobles para convertirse en una diversión y espectáculo de hondas raíces populares.

Con el cambio de la fiesta de toros aristocrática en popular, ya no se celebran estas fiestas en las grandes plazas públicas. En 1722 se levanta en Sevilla una plaza de madera cuadrangular. En Madrid, se construye un coso de madera cerca de la puerta de Alcalá, que se inauguró en 1743, en el que se quebraban rejones, se soltaban perros de presa, se clavaban banderillas frías y a fuego. La fiesta acababa con la lanzada a pie.

Recorren la Península toreros castellanos, andaluces y navarros, tierras donde se crían los toros de lidia. Es una época de toreo caótico, sin reglas ni normas. Los toreros van de ciudad en ciudad, acompañados de sus picadores, capeadores y desjarretadores. Matan al toro como pueden. La transición de correr los toros a la jineta a la fiesta de toros a pie como hoy la conocemos fue paulatina. En la primera mitad del siglo XVIII, el toreo sigue un camino vacilante.

«Los toros llegan al siglo XVIII de una manera absolutamente popular. El torero es un personaje abierto a los caminos, fácil a las canciones, a las fiestas y a toda clase de trifulcas. En el siglo XVIII, las ciudades están separadas absolutamente por el campo. [...] Las ciudades, recogidas, embozadas por los ríos, luchan contra el glacial espacio del campo, generalmente hostil. Esto no se ha de olvidar en España jamás. Y menos cuando se trata de fenómenos como este de los toros, en el cual el toreo llega a la ciudad acompañado de la simpatía de las gentes camperas, del sentimiento adverso de la ciudad hacia el campo. En este sentimiento se puede comenzar a explicar la animadversión que, desde el primer momento, se siente contra el torero da pie. Y, a través de este siglo XVIII, la fiesta dejar de ser un juego noble y pasa a una diversión de hondas raíces populares. Ya no podía torear cubierto de bordados, con cintas y tafetanes, con espuelas de plata, con sombreros adornados con plumas. Se necesitaría ahora viveza de pies, agilidad de cabeza, brazo de hierro, astucia e industria para envasar el acero. Desgarro popular para salir a la plaza, gesto audaz de quien clavaba un cuchillo en la mesa rugosa de una taberna

y trasegaba broncos vinos. El toreo había nacido para el siglo XIX.» [Néstor Luján, 1967: 49-50]

La primera etapa del toreo a pie es de total anarquía. Cuadrillas de toreros, procedentes de los más bajos fondos sociales, lidian toros como pueden y los matan con las más diversas armas: espadas, puñales, medias lunas... De repente aparece la primera figura del toreo. Francisco Romero, de Ronda, es el primer lidiador a pie que utiliza por primera vez la muleta y mata *recibiendo*. Con Romera quedan establecidas las tres suertes de la corrida, o los tres tercios. Se lancea a la *verónica* y a la *navarra*. Los picadores todavía clavan rejones a la manera caballeresca. Se clavan las banderillas y se mata únicamente a estoque y *recibiendo*.

«Frente a aquellos que han querido encontrar en las corridas de toros los rasgos de una fiesta tradicional, nacida al calor de una sociedad estática, otros han visto en el espectáculo taurino la consecuencia de préstamos de distinto origen que confluyen en un acontecimiento único sin dejar por ello de evocar diversas circunstancias a las que cada uno de los componentes debe su origen. La propia ritualización tan protocolaria de las corridas de toros ha podido venir impulsada por una necesidad interna de fijar referencias y hábitos ante las muy dispares solicitudes que se ofrecían como posibles. La fijación de unos ritos y la exclusión de otros debieron imponerse tras los forcejeos y vacilaciones propias de una fiesta que hubo de pasar por los avatares de una época fundacional caballeresca y, tras varios siglos de acomodaciones, adoptar los criterios de una lidia basada en el toreo a pie y con otro tipo de protagonistas.

En el transcurrir de ese tiempo, la corrida no solo alteró su configuración interna, también sufrieron transformaciones los otros elementos que dependían de ella, o de lo que ella dependía, como las ganaderías, o el público, cuya sensibilidad registró los cambios propios del paso de una sociedad en la que imperaba lo rural y lo agrario a otras en las que lo urbano cada vez se hacía más presente.

Ante un proceso histórico que se ha fraguado según un acontecer nada rectilíneo, con amalgamas, bucles y olvidos de muy distinta naturaleza, no debe ser nada fácil acertar en la búsqueda de unos valores primordiales que presidan y sustenten el andamiaje en que reposa el corpus de la fiesta de toros.

Las narraciones que nos llegan de aquella época no son muy completas sobre el discurrir del festejo. Al parecer tenía dos partes, una que era para el lucimiento de los caballeros que jugaban con el toro y el caballo, burlando las acometidas de aquel, incluso llegaban a lazar dardos u otro tipo de picas, sobre el lomo del toro, pero no solían darle muerte. Esto quedaba para los peones, gente del pueblo aficionada a torear. Lo hacían a pie, actuando en grupos, hasta agotar al toro. Cuando este no daba más juego, ponían fin a la suerte matándole. Esta hora de la verdad ni siquiera era una parte del juego sino el fin de este de forma que, siendo el carnicero el más capacitado para sacrificar al toro, que además era quien debía distribuir su carne, a él se le

encomendaba la tarea. Para ello se seguía el procedimiento habitual de matar las reses, prácticamente como lo hacía en la propia carnicería, o en el matadero. El oficio o gremio de carniceros normalmente era el que se encargaba de facilitar los toros que se iban a lidiar. Luego, los mismos carniceros vendían la carne, al parecer eran retribuidos por el municipio, o por quien asumiese el gasto de la celebración de la corrida. Corrido el toro, en algunos pueblos, no se le mataba, sino que se le dejaba regresar a la zona de pastoreo.

Para evitar la posible monotonía del espectáculo, se intercalaban parodias y otros juegos con animales, se podía sacar algún toro con los cuernos embreados, a los que se prendía fuego, mientras los mozos corrían a su alrededor, también se intentaba la lucha del toro con otros animales.» [Duviols / Molinié-Bertrand / Guillaume-Alonso, 1999: 65 ss.]

LA ÉPOCA GOYESCA DEL TOREO

Tres figuras del toreo a pie destacan en la edad de oro del toreo: Pedro Romero, nacido en Ronda, Joaquín Rodríguez ("Costillares") y José Delgado ("Pepe-Illo"), ambos de Sevilla. Con estos tres toreros queda establecido definitivamente el arte de lidiar toros a pie.

"Costillares" inventó el *volapié*, fijó los cánones artísticos de la *verónica* y empezó a revolucionar el juego de la muleta.

"Pepe-Illo" recibió veinticinco graves cornadas y murió trágicamente por asta de toro a la edad de cuarenta y cinco años. Creó el lance *de frente por detrás* y publicó *La Tauromaquia* o *Arte de torear*, la obra didáctica más completa entonces.

Pedro Romero (1754-1839) fue el fundador de la escuela de Ronda, o estilo rondeño de torear que supedita todas las suertes y faenas a la suerte final, la muerte del toro. Es un estilo serio y sobrio.

Pepe-Illo (1754-1801) funda la escuela de Sevilla o estilo sevillano, estilo más barroco, lleno de adornos y pases con mucha fantasía.

LA CRISIS DEL PRIMER TERCIO DEL S. XIX

La muerte de "Pepe-Illo" y la prohibición decretada por Carlos IV en 1805 y la Guerra de la Independencia frente a Napoleón hundieron la fiesta en una grave crisis. La cortedad de miras de Carlos IV (rey de España entre 1788-1808) y su ignorancia del carácter de su pueblo le animó a prohibir las *corridos de toros* en 1805. Prohibición que su sucesor, Fernando VII, se vio obligado a derogar.

En 1814, tras la Guerra de la Independencia, vuelve al trono de España Fernando VII ("el Deseado") y comienza a restaurar las costumbres e instituciones que los Borbones anteriores habían dado de lado. La fiesta de toros recibe un gran impulso, pues el rey está dispuesto a hacer concesiones al pueblo que le recibió jubiloso tras el secuestro en Francia por Napoleón. En 1830, Fernando VII, tras decretar el cierre de las universidades, aprobó

la apertura de la Real Escuela de Tauromaquia de Sevilla, que fue clausurada en 1834. La talla profesional y humana de Pedro Romero, director de la Escuela, evitó que el debate político condicionara las enseñanzas por él impartidas. Bajo su magisterio se formaron algunos toreros que se convirtieron en las figuras cimeras de mediados del siglo XIX, como Francisco Montes, "Paquiro" (autor de una *Tauromaquia*) y Francisco Arjona, "Curro Cúchares", cuyo apodo se tomó para nombrar, por antonomasia, el Arte del Toreo.

"Paquiro", "Curro Cúchares" y "Chiclanero" sacaron a la Fiesta del letargo al que la habían condenado las torpezas políticas y las sandeces borbónicas de Carlos IV y Fernando VII. El político Melchor Ordóñez, gran aficionado a los toros, aprobó el 1 de junio de 1847 un documento que venía a legislar algunas condiciones de necesario cumplimiento en las *corridas*: la exigencia de que las reses lidiadas tuvieran más de cinco años y la obligación que se imponía a los ganaderos de presentar toros procedentes de las mejores castas de la cabaña brava. Este documento sólo tenía vigencia en la provincia de Málaga, pero cinco años después, cuando don Melchor Ordóñez era gobernador de Madrid, sirvió de referente para la redacción del primer reglamento taurino; y éste, aprobado el 20 de junio de 1852 y vigente sólo en la plaza de Madrid, fue a su vez el fundamento donde se apoyaron las reglamentaciones que, a partir de entonces, se preocuparon por ordenar legalmente las *corridas de toros* en cada provincia del Reino (Sevilla, 1858; Guadalajara, 1862; Logroño, 1863; Jaén, 1867; Cádiz, 1872; etc.).

LAS POSTRIMERÍAS DEL S. XIX: LA FIGURA DE MAZZANTINI

Junto a "Lagartijo", "Frascuero", "Guerrita" y "Espartero", los postreros años del siglo XIX contemplaron el triunfo arrollador de un torero singularísimo, tanto por su estilo delante de los toros como por su carácter, condición, personalidad y *modus vivendi* fuera de las plazas. Tenor frustrado, empresario teatral y político de altura, don Luis Mazzantini y Eguía trajo al mundo de los toros un componente de educación, sensibilidad y cultura. Mazzantini aportó a la reglamentación de la *corrida* la agrupación en lotes de los toros que habían de ser lidiados, y el subsiguiente sorteo de estos lotes entre los espadas contratados para despacharlos. Retirado en 1905, Mazzantini se convirtió en el eslabón entre el toreo romántico del siglo pasado y el toreo práctico de la siguiente centuria.

EL CAMBIO DE SIGLO Y LA FIGURA DE RAFAEL GÓMEZ ORTEGA, "EL GALLO"

La verdadera estrella del periodo que va desde la retirada de "Guerrita" hasta la eclosión triunfal de Belmonte y "Joselito", fue el hermano mayor de este último, Rafael Gómez Ortega, "El Gallo". Torero irregular, capaz de pasar del cielo al infierno en una misma tarde, "El Gallo" poseyó una personalidad tan variopinta y curiosa, que, aunque no hubiera rematado nunca las extraordinarias faenas que dejó en la memoria de la Tauromaquia, habría eclipsado sólo con sus dichos y anécdotas a casi todos sus

contemporáneos. Era a la vez clásico y romántico, valiente y timorato, locuaz y taciturno: tan pronto deslumbraba con sus *largas afaroladas*, como arrojaba a la arena los engaños y trastos, y huía despavorido en dirección a las tablas. Esas personalísimas "*espantás*" le hicieron tan famoso como sus celebradas sentencias ("*tié que haber gente pa tó*", cuentan que razonó cuando le dijeron que don José Ortega y Gasset era filósofo).

EDAD DE ORO DEL TOREO

La Edad de Oro del toreo debe este honroso apelativo a los dos espadas que se constituyeron en las figuras mayores del Arte de Cúchares, los dos toreros más grandes de todos los tiempos: Joselito y Belmonte. Con José Gómez Ortega, "Joselito", el toreo pujante y poderoso (basado en la agilidad de piernas, la fortaleza de brazos y el andar dominador delante de la cara de los toros) alcanzó su cota más relevante. Pocos toreros se han mostrado tan completos como él, pocos tan dotados de unas facultades innatas para desenvolverse con soltura en las arenas de un ruedo. Joselito demostró una entrega a la profesión taurina que rayaba en la obsesión.

Hasta entonces el toreo consistía en esquivar las feroces embestidas del toro. "Lagartijo" había sintetizado esta actividad diciendo que "*torear es muy fácil: o te quitas tú, o te quita el toro*". Pero Belmonte (favorecido, en parte por las limitaciones físicas que le imponía su torpeza de piernas) mudó por completo el sentido de la lidia, metiéndose en los terrenos del astado, ganándoselos a base de quedarse quieto y cargar la suerte, y -lo que hasta entonces parecía inconcebible- llegando incluso a traerse el toro a la jurisdicción del torero.

El 16 de mayo de 1920, Joselito sufrió una cornada mortal en el abdomen en el coso de Talavera de la Reina (Toledo). Juan Belmonte quedó así consagrado como el único matador que podía exhibir el cetro del toreo. En el primer tercio del siglo XX, al amparo del auge que estos dos grandes genios de la tauromaquia, creció la entrega, el pundonor y la motivación de un buen puñado de extraordinarios lidiadores.

LA DÉCADA DE LOS AÑOS 30

«La Guerra Civil (1936-1939) trajo un problema que afectó a la Tauromaquia en mayor medida que la actitud individual de los toreros franquistas: desolados los campos y dehesas, abandonadas muchas ganaderías y sacrificadas no pocas reses, el toro de lidia perdió fuerza, casta y trapío, lo que generó un toreo facilón y ventajista, desprovisto de esa emoción que provoca la integridad de la fiera pletórica e intacta. Si a esto se añade la escandalosa propagación del *afeitado*, impuesto por los toreros que mandaban en la década de los cuarenta, es fácil calibrar el componente de autenticidad que acompañaba el toreo de alguna figura como el cordobés Manuel Rodríguez Sánchez, "Manolete".

"Manolete", que intensificó el quietismo de Belmonte hasta el extremo de trazar un toreo puramente vertical (de tan erguido y parado como toreaba),

fue también un diestro perfilero y ventajista, que aprovechó la mengua del trapío para dramatizar su quietud ante los toros. Su condición de *ídolo-de-masas* no basta para justificar la excesiva valoración que se dio a su toreo, fatalmente truncado por el miura *Islero* en Linares (Jaén), el 28 de agosto de 1947. Por fortuna para la afición purista y -por aquel entonces- marginada, un torero que conjugaba en sus engaños el arte y el dominio vino a enfrentarse (en los ruedos) a ese "estilo oficial del régimen", impuesto por "Manolete" y difundido y celebrado por la crítica más obediente y rastrera. El sevillano José Luis Vázquez Garcés, "Pepe Luis Vázquez", huyó de la impostura en que había caído la Fiesta y ofreció un colorido repertorio de capa y muleta, variedad que no estaba reñida (a pesar de que tuvo que apechugar con las "monas" debilitadas por la guerra) con un valor sereno, inteligente y pródigamente demostrado: mató muchas corridas del terrorífico hierro de *Miura*, e hizo cuarenta y siete paseillos en la Monumental de Las Ventas, dando con ello a entender que no le asustaba la leyenda de los toros más serios ni el dictamen de los aficionados más severos.

Otra alternativa al toreo triste y grave de "Manolete" la ofrecieron, desde un planteamiento más pendiente del *espectador* que del *aficionado*, Julio Aparicio Martínez y Miguel Báez Espuny. Esta pareja de rivales basó su enorme popularidad en el enfrentamiento de dos conceptos tan tradicionalmente opuestos como el clasicismo (Aparicio) y la innovación ("Litri"), acompañado de estudiados o improvisados alardes de temeridad que levantaban pasiones en los tendidos.

Carlos Arruza, un diestro mejicano que cimentó su éxito ante los toros en el derroche de sus facultades físicas, hizo también sombra a la estética fría y vertical de "Manolete". La competencia al monstruo cordobés se enriqueció, además, por aquellos años con la inspiración torera del madrileño Agustín Parra Dueñas, "Parrita". Pero el que estaba llamado a ser el número uno de la década de los cincuenta era un joven espada que, en la tarde del 28 de agosto de 1947, compartía cartel (junto con Rafael Vega de los Reyes, "Gitanillo de Triana") con el infortunado matador cordobés: Luis Miguel González Lucas, "Luis Miguel Dominguín". Sus triunfos clamorosos, sólo comparables con los escándalos que protagonizó dentro y fuera de las plazas, hicieron de su rivalidad con Antonio Ordóñez (el otro gran genio del momento) un episodio taurino de extraordinaria brillantez. En el polo opuesto, Antonio Ordóñez cultivó una sobriedad rondeña que, reforzada por su concepción clásica del toreo, le convirtió en uno de los espadas de sabor más añejo en la segunda mitad del siglo XX.» [Fernández de Cano, I. c.]

«Creo que con Manolete acaba la época clásica del toreo y que después de él se inicia con toda claridad una época de barroquismo decadente. El toreo en su historia presenta desde el punto de vista estético-anatómico, una época arcaica o de formación, cuyo comienzo coincide con el del profesionalismo taurino como tal y termina en el año 1912 con la aparición de Joselito y Belmonte, que inician la época clásica, la cual finaliza con Manolete. En vida de este empieza una época barroca de decadencia.» [González García, V., 1958: 55; 75]

LA DÉCADA DE LOS AÑOS 50

«En el transcurso de los años cincuenta tomaron la alternativa dos toreros que pertenecen a todas las épocas: Antonio Chenel Albadalejo, "Antoñete", y Francisco Romero Sánchez, "Curro Romero". Pero los sucesivos altibajos de ambos no les convirtieron en las estrellas de los años sesenta, copados por figuras tan renombradas como el valerosísimo Diego Puerta Diane, el elegante muletero Francisco Camino Sánchez, "Paco Camino", y el seguro lidiador Santiago Martín Sánchez, "El Viti". Todos ellos hubieron de competir con ese fenómeno social, urdido desde la más pura perspectiva crematística, que protagonizó Manuel Benítez Pérez, "El Cordobés". Dueño de un estilo heterodoxo que confundía voluntariamente algunos lances del toreo clásico con esperpénticos alardes más propios de una charlotada, "El Cordobés" supo llamar la atención de un público poco entendido y menos preocupado por llegar a entender algo. Dentro de la calamitosa escuela que creó, algunos inconfesos continuadores suyos prodigan hoy en día un tremendismo circense, palurdo y bochornoso, que cosecha el desprecio de un puñado de aficionados, y las bragas y sostenes de miles de ignorantes arrastradas por una sólida y eficaz promoción publicitaria. Su toreo popular y populoso llenó los tendidos de muchas plazas generalmente vacías o semivacías. Sin embargo, el sustrato de afición auténtica que le faltaba a este público nuevo quedó patente en cuanto se retiró de los ruedos el inventor de suertes tan taurinas como el salto de la rana. En la década de los setenta, las plazas volvieron a vaciarse y la Fiesta experimentó una vertiginosa decadencia que no lograban impedir algunos diestros de la talla de Ángel Teruel o Sebastián Palomo Martínez, "Palomo Linares".»
[Fernández de Cano, l. c.]

LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL S. XX

En los años ochenta, la muerte se llevó a dos toreros tan diferentes como profesionales y entregados, poseedores de dos estilos opuestos. El 26 de septiembre de 1984, en la pequeña plaza cordobesa de Pozoblanco, el toro *Avispado* empitonó por un muslo a Francisco Rivera Pérez, "Paquirri"; la cogida le causó la muerte cuando era trasladado en ambulancia a un hospital de la capital cordobesa. "Paquirri" era un torero largo y poderoso, su toreo era muy popular, lo que explica que su muerte fuera muy llorada.

El día 30 de agosto del año siguiente, en el transcurso de la Feria de Colmenar Viejo (Madrid), el toro *Burlero* prendió de una axila y le partió el corazón a José Cubero Sánchez, "Yiyo", un joven matador de toros que, alrededor de los veinte años, ya se había convertido en figura del toreo. Se desvanecía así una carrera tan brillante como meteórica, uno de los más exitosos lanzamientos de la Escuela de Tauromaquia de Madrid.

«Junto a los triunfos de algunos diestros ya veteranos (José Ortega Cano, Curro Vázquez, Curro Romero, etc.), la segunda mitad de los ochenta contempló el vertiginoso ascenso del joven Juan Antonio Ruiz Rodríguez, "Espartaco", torero que fue diluyendo sus grandes dotes de lidiador en una

progresiva aceptación de los recursos más ventajistas y tramposos. Por desgracia para los pocos puristas que ya van quedando, su ejemplo se ha hecho extensible a la inmensa mayoría de sus colegas coletudos, obsesionados en una grotesca competición que antepone el número de corridas toreadas a la calidad de las faenas exhibidas.

No es de extrañar, por ende, que la clave de la "revolución" que, a comienzos de los noventa, levantara en Las Ventas el colombiano César Rincón, estuviera básicamente cimentada en dar a los toros la distancia que piden; citar de frente, por derecho y con la panza de la muleta; y acompañar la embestida con temple, rematando el pase en el lugar que permite ligarlo con el siguiente de la tanda. No se trataba, pues, de ninguna innovación, sino de devolver a la afición una pureza tan conocida como, por aquel entonces, escatimada por los falsificadores del toreo auténtico.» [Fernández de Cano, l. c.]

LA INDUMENTARIA DEL TORERO

La indumentaria del torero es fruto de una evolución caprichosa, en la que no se ha tenido en cuenta las necesidades prácticas. El traje de torero es pesado e impide bastante el movimiento, además de abrigar demasiado.

«En los comienzos del toreo, la indumentaria de lidiador de a pie es la habitual a su condición social y a su profesión, sin más distintivo que una banda de tafetán de color vivo, para hacerse destacar del resto de la concurrencia. [...]

Hasta casi finales del XVIII impera una regular anarquía en esto del atuendo de torear, en lo que quizá lo más significativo sea el afán constante que la Real Maestranza de Sevilla muestra por adornar, a base de galón de plata, el traje de los toreros, buscando con ello mayor riqueza y brillantez. En una corrida en Madrid en las postrimerías del XVIII, en la que alternan "Costillares" y "Pepe-Illo", los diestros visten el traje de los manolos de la época –chaquetilla, calzón o taleguilla, media de sea y zapatilla– adornado a base de alamares metálicos y pasamanería de oro y plata. Se tocan la cabeza con redecilla de malla negra, pañuelo y lazo de seda. La redecilla se suprime en los comienzos del XIX y se substituye por una pequeña montera de bolas, recogiendo el pelo en forma de moña sobre la nuca.

Francisco Montes recarga aún más la guarnición del vestido, colocándole alamares y machos y recubriéndolo casi totalmente de lentejuelas, galones y bordados. Acorta la chaquetilla, dejando al descubierto media faja y abre el chaleco casi hasta la cintura. Es el traje de nuestros días, que queda compuesto de las siguientes prendas: chaquetilla de raso tabinete, abierta por la parte de las axilas, con hombreras, espalda y mangas totalmente bordadas y cordoneadas –generalmente en oro, plata o seda negra o blanca– y los delanteros adornados con alamares; chaleco también de raso e igualmente bordado y calzón o taleguilla de punto de seda, bien ceñido a la pierna, bordado en las dos mitades externas y rematado, algo más debajo de las rodillas, en unas borlas o machos. El reto del atuendo lo constituyen:

montera negra, camisa blanca de pechera rizada o lisa, dobles ojales en el cuello y abotonada con pasadores de filigrana; corbatín y faja, medias de seda rosa y zapatillas negras de piel muy flexible y suela sencilla. [...]

La coleta es, en la actualidad, un postizo pequeño, un como residuo o muestra de aquel complicado tocado de largos cabellos, redecilla, pañuelo y moña, que usaron los contemporáneos de "Costillares" y "Pepe-Illo".» [Acquaroni, 1964: 18]

MUJERES TORERAS

«En 1934, el ministro de Gobernación Salazar Alonso dejó sin efecto el artículo 124 del vigente reglamento taurino, que prohibía expresamente a las mujeres dedicarse al *toreo a pie*, ejercicio que una anacrónica Real Orden de 1908 consideraba "*impropio y tan opuesto a la cultura y a todo sentimiento delicado*".

El éxito que entre los buenos aficionados había cosechado la novillera Juanita Cruz, la batalla legal que ella misma se empeñaba en sostener para lograr la abolición de la citada Real Orden, y el derecho a la libre elección de profesión -reconocido por la Constitución de la República-, permitieron que Juanita hiciera el paseíllo en la Monumental de Las Ventas en abril de 1936. El estallido de la Guerra Civil truncó la brillante carrera de Juanita Cruz, quien, exiliada en América, tomó la alternativa en la mejicana plaza de Fresnillo (Zacatecas), en 1940. Vuelta a España en 1946, no tuvo ya ánimos ni bríos para enfrentarse de nuevo a la gazmoña intolerancia del Sindicato de Espectáculos, cuya sección taurina se había apresurado a restaurar la vieja prohibición que estableciera en 1908 el ministro Juan de la Cierva.

Juanita Cruz fue, tal vez, la más grande, pero no la primera ni mucho menos la única mujer que se haya dedicado profesionalmente a la práctica del toreo. Otras dos han logrado ver cumplido su sueño de tomar la alternativa: Maribel Atiénzar (en México, en 1981) y Cristina Sánchez (en Nimes, en 1996). Ambas han denunciado repetidamente el rancio machismo que domina casi todos los sectores de la Fiesta (y no sólo los más conservadores), y ambas han sido víctimas del innoble *boicot* con que les obstaculizaron y obstaculizan casi todos sus compañeros de profesión. Se cuenta que ya a finales del siglo pasado, Rafael Guerra Bejarano, "Guerrita", se negó no solo a compartir cartel con una mujer, sino también a pisar aquel ruedo en el que hubiera toreado alguna de ellas. Por anacrónico y sexista que parezca, muchas figuras de la actualidad mantienen, cien años después, una actitud similar, lo que tal vez pueda explicar que Cristina Sánchez, Maribel Atiénzar y Juanita Cruz, las tres únicas toreras que han podido doctorarse, hayan tenido que tomar la alternativa en plazas extranjeras.

Ya en el último cuarto del siglo XVIII, una mujer se atrevió a rivalizar en los cosos con estas tres piedras sillares del toreo moderno. Nicolasa Escamilla, "La Pajuelera", derrochó un valor asombroso por las principales plazas de toros. Una tarde destacó en Zaragoza, donde picó y lidió un toro ante la

atenta mirada de Goya, quien la inmortalizó en uno de los aguafuertes que conforman su espléndida *Tauromaquia*.

En el siglo siguiente, Martina García recogió el relevo de "La Pajuelera". "La Martina" se había introducido en el mundillo de los toros a través de los espectáculos de toreo cómico que entonces gozaban de gran aceptación, y llegó con el tiempo a cobrar tanto como las figuras cimera de su época. Dicen que el mismísimo "Curro Cúchares" elogiaba su desmesurada valentía, al tiempo que lamentaba que su desconocimiento del oficio le privara de mayores y más numerosos triunfos. Fue muy comentada su rivalidad con María García, "Gitana Cantarina", a quien derrotó en Madrid en una recordada tarde del 4 de febrero de 1849.

El torero femenino vivió en el siglo XIX un auge que no había experimentado en el XVIII y que no habría de revalidar en el XX. Por desgracia, la mayor parte de las féminas que tomaron los trastos de matar han quedado relegadas a una presencia anecdótica en la historia de la Tauromaquia, ora por la escasísima preparación con que arruinaban su aquilatada afición, ora por el desdén burlón de sus contemporáneos, a quienes se les hacía muy difícil tolerar esta invasión de un coto tradicionalmente reservado al hombre y rigurosamente vedado a la mujer.

Una buena prueba de la misoginia reinante se advierte en que muchas toreras que merecieron alguna consideración por parte de los aficionados decimonónicos han pasado a la memoria escrita de la Fiesta, más que por su arte o su valor, por la fama que dejó su belleza; tal es el caso de Jenara Gómez, Juana Castro o Francisca Gisbert. Otras, víctimas también de la supremacía del varón en el toreo, eligieron sobrenombres que cambiaban el género de los de sus colegas más célebres (así, verbigracia, Juana Calderón, "La Frascuela", y Juana Bermejo, "La Guerrita"), asumiendo con este intento de emulación una posición de inferioridad respecto al modelo elegido. A vuelapluma, para que al menos quede constancia de su empeño y del relieve que alcanzó el toreo femenino en el siglo XIX, hay que citar también a Manuela Capilla, Antonia Macho, Josefa Ortega, Francisca Coloma, Benita Fernández y la bruselense Eugenia Bartés, "La Belgicana". Hubo también gran cantidad de picadoras, entre las que sobresalió la valenciana Mariana Curo, y no menos banderilleras, como Ángela Magdalena y María Aguirre, "Charrita Mejicana".

A finales del siglo XIX destacaron también Dolores Sánchez, "La Fragosa", la primera en torear con taleguilla en lugar de falda, torera cuyo valor rayaba en la temeridad, lo que le causó un sinfín de cogidas; Carmen Lucena, "La Garbancera", que mantuvo una dura competencia con la anterior, y no sólo en los ruedos, pues se vanagloriaba de torear con chaquetilla torera y falda corta; Petra Kobloski, pionera de las cuadrillas femeninas, que se presentó con una de ellas en Tarragona el 5 de octubre de 1884, con tan mala fortuna y escasa preparación que provocó un altercado de orden público, el subsiguiente desalojo de la Plaza por parte de la Guardia Civil y los soldados del regimiento de Almansa, y la conducción del empresario y las novilleras a la cárcel; y las catalanas Ángela Pagés, "Angelita", y Dolores Pretel, "Lolita",

pareja que a juicio de don Natalio Rivas -furibundo enemigo de la mujeres toreras- "*han sido lo único aceptable que ha producido la Tauromaquia femenina*". "Angelita", a fuerza de inteligencia y coraje, ascendió por méritos propios desde lo más humilde del escalafón: primero fue banderillera, después sobresaliente y, finalmente, espada. Por su parte "Lolita", que también destacó con los rehiletes, practicaba un toreo de corte clásico y refinado, elegancia que no le impedía tirarse a matar con tantos arrestos como los que tuvieran sus más esforzados colegas masculinos. Mujer culta y sensible, amante de la lectura y feliz intérprete al piano, Dolores Pretel, "Lolita", fue el precedente decimonónico de esa gran dama del toreo a caballo que, en el siglo XX, ha sido Conchita Cintrón.

El siglo XX, hasta que el ministro Juan de la Cierva dictó la referida prohibición, vio el triunfo de "Las Noyas" catalanas, una cuadrilla de señoritas toreras que, con gran éxito, se habían presentado en Barcelona en 1895. Pero el caso más célebre de mujer torera, por lo rocambolesco de su historia, lo protagonizó María Salomé Rodríguez Tripiana, "La Reverte". Valiente y dominadora, hábil con las banderillas y muy eficaz con el estoque, a partir de 1908 aseguró que era un hombre y siguió toreando después de la promulgación de la Real Orden. Por desgracia para él (o ella), Agustín Rodríguez -el nuevo nombre oficial de quien antaño se anunciaba como "La Reverte"- no cosechó los mismos éxitos que su "otro yo" femenino. No obstante, este caso de travestismo fue muy escandaloso en su tiempo, pues gozaba de una enorme atención que rebasó la pura dimensión taurina de la figura de "La Reverte"; tal vez por ello, nunca se llegó a conocer con certeza (públicamente, claro está) cuál era su sexo, pues hay cronistas que aseguran que, ya retirado, Agustín volvió a convertirse en María Salomé, y volvió a aseverar que realmente era una mujer que se había servido de esta fingida ambigüedad para burlar la prohibición y seguir toreando.

Un episodio singularísimo dentro de la historia del toreo femenino del siglo XX lo protagonizó la rejoneadora Conchita Cintrón. Nacida en Antofagasta (Chile) en 1922, adoptó la nacionalidad peruana y toreó a caballo por las principales plazas de Hispanoamérica, hasta que se decidió a cruzar el Atlántico y torear en España. Por ridículo que parezca, la letra de la ley sólo prohibía a las mujeres el *toreo a pie*, lo que permitió a la valerosa amazona rejonear y triunfar en toda la Península, entre 1945 y 1950. La afición española, aunque privada de aplaudir su toreo a pie, pudo comprender por qué en México habían bautizado a Conchita Cintrón como "La Diosa de Oro". Culta, elegante y refinada, la audacia que mostraba en el ruedo se tornaba medida y distinción cuando alternaba con los músicos, poetas e intelectuales que constituían su entorno.

No puede rematarse este apresurado repaso por la historia del toreo femenino del siglo XX sin prestar una mínima atención a la valentísima novillera Ángela Hernández, quien atesora entre sus muy esforzados méritos el de haber logrado en 1974 el levantamiento de la obsoleta prohibición que había renovado la franquista sección taurina del Sindicato del Espectáculo. La doctorada Cristina Sánchez puede alardear de ser la única fémina que ha

salido a hombros por la Puerta Grande de la Monumental de Las Ventas.»
[Fernández de Cano, l. c.]
